

nadería durante seis años antes de empezar a escribir, y no hace mucho que la dejó.—*John Dos Passos*.

Leemos con sumo interés el último libro de Leopoldo Lugones, *La grande Argentina*.

En la página 33 nos hallamos estas líneas para hacer pensar:

El horror al aprendizaje de memoria, casi ha proscrito de la enseñanza tan eminente facultad. Mas, la propia naturaleza indica con su predominio sobre la mente infantil, que la enseñanza elemental tiene que basarse en ella. El racionalismo prematuro es causa de indisciplina. De tal modo, los chicos resultan por lo general vivaces y revoltosos, pero inconscientes. Es la impotencia correspondiente a la precocidad».

—¿Y usted por qué dijo ahora *amagamiento*, don Luciano? ¿Eso sí es de recibo?

—Es palabra que usa el bogotano don José de Oviedo y Baños en su *Historia de Venezuela*, libro escrito por pluma muy castiza.—*Marco Fidel Suarez*.

(*Sueños de Luciano Pulgar*, Tomo III)

Paseábamos junto al mar; al regresar yo a casa, cogí el libro de Miró<sup>(1)</sup> *Años y leguas* y comencé a leerlo; lo leía por tercera o cuarta vez; sentía una honda emoción al principiar ahora esta lectura.

...y fui adentrándome en el libro. Lo leía con un profundo placer; confirmaba mi juicio de que *Años y leguas* es una obra capital en la literatura española moderna.—*Azorín*.

(<sup>1</sup>) Gabriel Miró.

## Doña Blanca de los Ríos...

(Viene de la página 248.)

Después de este caso de doña Blanca de los Ríos rectificando las vidas de Fray Gabriel Tellez, ya puede un escritor encargarle, no en broma, a una mujer que le defienda los huesos de la obra: habrá precedente bastante válido.

Puestas en capas geológicas la racista, la bibliógrafa, la periodista, (además de la contadora y la poetisa que no tengo tiempo de comentar) abajo aparece nutriendo a todas, la última que bien puede ser la mejor: la gran señora de España.

Sube a los tres primeros oficios mentados una buena sangre de señorío. (Dicen que está de más eso de tener o no buena sangre para un escritor. No es verdad, por lo menos para un crítico. Bastantes entre ellos hacen mal su oficio a causa de que cargan con una lastimosa). En cuanto a señora, doña Blanca de los Ríos ha sido generosa hacia la pobre América nues-

tra, que muchos costurones feos lleva en el cuerpo y que ella bien le conoce; en cuanto a señora enderezó la rama jibada de la obra de Tirso; en cuanto a señora igualmente ha sido teresiana, comentadora de la santa que, por pereza de las mujeres, cuenta más entendedores que entendedoras en el ruedo de su elogio.

Bueno será que un obrero de vitral la mire antes de que se nos muera. Un día, de estos mismos días nuestros, pedirán para una biblioteca española una roseta con sus facciones. Son bastantes ya los Felipes, los Conde-Duques y los Méndez Nuñez. Puede colocarse sin ningún miedo de caer en exceso, en cualquier sala oficial de libros, una Rosalía, una doña Concepción, una doña Blanca, una Sor Juana<sup>(1)</sup>. Entonces, obrero de vidrio, saberse el ojo tierno-agudo que he dicho y la manita obradora, y dibujar la figura de Menina bibliófila sin malograrle nada en la yema de su gracia.

Gabriela Mistral

París, abril de 1929.

## Estampas

### Bandidos?... Un término acomodaticio

= Colaboración directa =

Leíamos en el año 1927, en *Repertorio Americano*, un artículo revelador. Eran las experiencias del «Mayor William S. Brooks, del Servicio Aéreo Militar saxoamericano en Nicaragua.» El aviador Brooks cada vez que levantaba el vuelo en territorio nicaraguense llevaba como único destino, implacable, sanguinario la destrucción de liberales. El Gobierno norteamericano sostenía a los conservadores en el Gobierno de Nicaragua y como consecuencia, los del otro partido histórico ocupaban el puesto destinado a los «bandidos». Brooks desde su nave quería penetrar todo lo que en la tierra pudiera ser refugio del cabecilla de los rebeldes, del señor Moncada, favorito ahora de la marinería yanqui. Sus vuelos no tenían majestad si no cubrían todos los espacios desde los cuales era posible arrojar bombas destructoras. Moncada tenía que morder el polvo de su rebeldía. Para eso el Servicio

Aéreo Militar de los Estados Unidos había destacado a un lanza bombas de la capacidad y destreza del Mayor Brooks. A los «bandidos» es urgente darles un trato severo y cruel, para que, si simulan su «bandolerismo», capitulen, si lo tienen metido dentro del torrente circulatorio, mueran. Animado de estos pareceres recorría de un lado para otro el fiero aviador yanqui los espacios tranquilos que el nicaraguense mira para distraer su melancolía o entretener su indolencia... Los informes le decían que sobre las alturas de Tierra Azul, en una choza o casa acampaba el «bandido» del momento, y sobre aquellos montes pasaba Brooks en su máquina satánica. Las bombas destruían construcción y árboles y el Mayor yanqui se retiraba contrariado por la columna de polvo que, al dispersarse, no ofrecía

(<sup>1</sup>) Españolísima, la monja mexicana, españolísima.

un reguero de cadáveres de liberales. «Aparentemente—comenta el Mayor—el General Moncada no había estado en su casa».

La persecución seguía día tras día con la misma implacable y fría dureza. A veces el Mayor se complacía con dejar caer bombas «sobre sencillos labradores conservadores». Desde el aire le era difícil a menudo distinguir los «bandidos» de los no «bandidos». Además, lo importante era tener un blanco contra el cual su saber se experimentara, porque en cualquier momento los «bandidos» asomaban por entre las copas de los árboles, o por entre los despeñaderos. El Mayor tenía que matar muchos liberales, todos los que el poder satánico de sus bombas fabricadas en Nueva Orleans, abarcara al hacerse añicos contra el suelo. De esta manera los «bandidos» no estorbarían la misión de paz que para la salud y fortaleza de Nicaragua se han echado sobre sus hombros los Gobiernos de los Estados Unidos, de 1910 para acá.

En este juego atroz en que se entretienen los hombres que dan rumbo a la política de expansión del Norte, advierte al instante el observador que no haya podrido su conciencia, una conducta perversa. Los nativos son «bandidos» cuando no están al servicio de los Estados Unidos. El señor Moncada que hace ahora de Presidente de Nicaragua, era «bandido» a quien el Servicio Aéreo Militar yanqui debía fulminar, mientras desobedecía y levantaba la conciencia del nicaraguense avasallado. Pero, una vez que se le sosiega con el engaño del mando, borra su pecado de «bandolerismo» y adquiere categoría honorable. Revela el proceder que al gobernante yanqui no le importa para nada el hombre. En estas tierras debe haber nada más que pobladores sumisos. A esto tiende el trato que se nos da. En Nicaragua, los mismos hombres—no cabe duda de esto—que encendieron su virilidad para hacer como una sola y luminosa tea que levantara el «bandido» Moncada, luchan en diversas formas contra la ocupación norteamericana. Pues unidades rebeldes como éstas no han conquistado categoría honorable. Siguen siendo «bandidos» y se les persigue con igual fiereza, no ya por el Mayor Brooks, sino por el General Douglas C. Mc. Dougal, cetrero afilado del Norte. Se ufana el General de haber salido victorioso de treinta y dos combates, en los cuales murieron «sesenta y seis bandidos» y fueron heridos «cuarenta y dos bandidos» también. Todo en el corto espacio de tres meses.

El ejemplo de Nicaragua es revelador para estas patrias nuestras. Los gobiernos de Norte América no examinan al criollo nada más que por el lado que pueda servir incondicionalmente a ellos. Criollo con asperezas, o se las lima si es que pretende mando y poder, o queda relegado a la categoría infamante de «bandido». El advenimiento de gobiernos nuevos en países de América del Sur, lleva a muchos la esperanza. Juzgan que podrán librarse de las monstruosidades que les dejan las satrapías aniquiladas. Creemos que no hay que ilusionarse. Es cierto que cuando los